

Poemas

David Herbert Lawrence

DAVID HERBERT LAWRENCE nació en Eastwood, condado de Nottingham, Inglaterra, en 1885, de padres mineros. Fue profesor de primera enseñanza. Su matrimonio con una alemana lo obligó a emigrar de su país. Murió en Francia en 1930.

Su famosa novela, "El Amante de Lady Chatterley" fue prohibida en Inglaterra y publicada en alemán por vez primera en una edición mutilada. Lawrence está considerado como uno de los creadores de la novela contemporánea. Método psicoanalítico, estilo directo y atmósfera cargada de erotismo son las características de su prosa narrativa. Eso le valió la acusación de pornógrafo. Su poesía es pasión, ardor. Los reinos de la naturaleza adquieren en sus versos categoría mitológica.

De sus años en Taormina, Sicilia (Italia) hemos seleccionado tres poemas escritos en 1920.



NO HAY DIOSES

No hay dioses, pueden ustedes divertirse.
Jugar al tennis, correr en automóvil, mirar escaparates,
y luego hablar, hablar, hablar,
un tabaco entre los dedos amarillos.
No hay dioses, pueden ustedes divertirse.
¡Adelante!
¡Pero déjenme tranquilo, déjenme solo, solo!
En mi habitación, ¿qué presencia es esta
que me vuelve el aire dulce y tibio?
¿Quién me roza el pecho y me acaricia el corazón
de modo que de súbito se aplaca, se aplaca
y late en calma?
¿Quién alisa las sábanas del lecho fresco y dulce
como el océano cuando los peces se abandonan
en la superficie, perdidos en sus sueños?
¿Quién coge y entibia mis pies desnudos?
Estos se abandonan y todo está bien. Todo está bien.
¡Lotus de olvido en los pies!
Repito: no es una mujer ni es un hombre; estoy solo.
Me acuesto con los dioses, los dioses
que no existen o que existen,
según el deseo de mi alma;
como una marea en la que nos hundimos
o en la que no nos hundimos.

DESEO

Ah, en el pasado, hacia extraños seres
he sentido el atractivo del deseo:
ven, más cerca, estrechémonos,
físicamente cerca, carne de mi carne.
Pero habla poco, oh habla poco
y después déjame tranquilo,
guárdate tu soledad y déjame la mía.
Aquello — repito — fue siempre un engaño:
exigían el amor y hablaban del amor
y el tú y yo y lo que somos el uno para el otro.
Por eso ya no tengo otro deseo:
déjenme solo con mis últimas fuerzas.
Solo.



SERPIENTE

Una serpiente ha entrado en mi jardín
en un día caluroso. Como yo, ligera de ropa,
para calmar la sed.

Bajo la sombra profunda y perfumada del algarrobo,
he descendido las gradas con un cazo en la mano
y detenido, inmóvil, aguardo: ella está ante mí.

Se deslizó desde un oscuro intersticio de la tapia
y estiró la delgadez parduzca de su vientre delicado,

apoyando su cuello en el borde de la piedra
por donde el agua fluía luminosa de la fuente.
Parecía mamar con su boca angosta,
entre las encías erizadas, absorbiendo el agua
con todo su largo cuerpo flácido,
silencioso.

Allí está ante mí, en la fuente,
y yo apenas arribado espero.

Levanta la cabeza dejando de beber
y me mira vagamente como miran los rumiantes:
su hundida lengua centellea entre sus labios. Baja la cabeza,
luego de soñar, y bebe nuevamente;
parduzca y oro, como en julio los filones encendidos de esta tierra
siciliana, bajo el Etna humoso.

Las incultas voces de la prudencia me aconsejan que la mate;
las serpientes negras de la isla son inofensivas,
las doradas venenosas.

Las voces me repiten, si eres hombre, máta-la. ¡Ya!

¿Confesaré mi regocijo,
mi halago al mirarla beber
en mi jardín

para luego apacible, reconfortada, ingrata,
hundirse en lo profundo de la tierra ardiente?

¿Cobardía no atreverse a matarla?

¿Perversidad la comunicación?

¿Humildad el honor?

¡Me sentía honrado!

Y sin embargo, los rumores:

¡La matarías si no tuvieras miedo!

Es verdad, me estremecía el miedo.
¡Y el orgullo también!
Había aceptado mi hospitalidad
antes de emerger de las amenazadoras tinieblas de esta tierra.

Bebió.

Levantó la cabeza, ausente, saciada,
y súbitamente su lengua brilló, pedazo afilado de la noche,
oscura.

Se relamía.

Miró a su alrededor, sin ver, como una diosa,
y lentamente, muy lentamente, sonámbulo abandono,
se dispuso a encoger su perezosa longitud, arqueándose
para asirse mejor al enlucido de la tapia.

Sobrecogido ante esa lenta retirada admitida,
mientras ella introducía su cabeza en la hendidura,
mientras alzándose perfilaba sus hombros para escabullirse,
sentí al volverme las espaldas
protesta e indignación contra el escamoteo
de esa infecta boca negra, refugio tenebroso.

Y recapacité, solté mi cazo,
un tronco informe recogí
y contra el bebedero lo estrellé ruidosamente.
Creo que no la toqué,
pero la parte aún visible de su cuerpo se crispó e innoble y rápida
y convulsiva como el relámpago desapareció tragada
por la oquedad negra de la pared, boca terrosa de la que yo
no apartaba los ojos,
en ese mediodía abrasador.

Y al instante me pesó,
me sentí vulgar, mezquino.
¡Acto miserable!
Execré la voz de la prudencia.
Soñé con el albatros
y deseé que volviese mi serpiente.
Porque me pareció la soberana,
la reina en el exilio, destronada bajo tierra
pero ahora coronada nuevamente.

De ese modo perdí mis privilegios ante una de las reinas
de la vida.
Y eso debo expiar.
Esa miseria.

Taormina, 1920



(Traducción de Hernando Cortés)